

## REFLEXIONES ACTUALES SOBRE LA LÍRICA POPULAR A TRAVÉS DEL REFRANERO MEXICANO

Isabel Contreras Islas

Para ajustar mi ponencia a las disposiciones señaladas por la convocatoria a este evento, tropecé con dos dificultades. La primera, la selección de un material literario que, sin alejarse de los lineamientos establecidos (“género lírico”, “tradicional” y “breve”), me permitiera fundamentar una reflexión desde las condiciones de un contexto sociocultural moderno (o posmoderno). Y la segunda, una duda sobre cómo considerar los conceptos “lírico” y “popular” en un momento como el que atravesamos, invadidos de una cultura globalizadora en la que el rigorismo de los géneros se ha perdido dentro del campo teórico literario.

Decidí optar por el refrán en México debido a que es uno de los pocos géneros populares cuya tradicionalidad se ha mantenido vigente a través del tiempo, conservando su mismo arraigo, siempre cercano al alma y a la cultura del pueblo mexicano.

El refrán es una pieza literaria lírico-tradicional de muy frecuente uso en el devenir cotidiano del habla popular actual. Es tan vasta y variada la existencia de estos dichos dentro del léxico de nuestro idioma que bien admiten una clasificación. Los hay irónicos, didácticos, críticos, filosóficos, de doble sentido, de halagos, de reproches, de condenas, vicios, premoniciones y de muchos más tipos; todos ellos contenedores y transmisores de la sabiduría popular, generada no por el estudio y el planteamiento de una hipótesis demostrada, sino por una verdad dictada desde el apasionamiento y la experiencia vivida de sus creadores y recitadores: “el pueblo”, quien, de manera natural y alejado de toda imposición teórica, crea y recita el refrán de manera natural y nada estudiada, es quien vacía en ellos todo su inmenso caudal de sabiduría apprehendida en la vida.

Es el saber fundado en la experiencia lo que impregna al refranero de un sentido de verdad, de certeza, de regionalidad y, muchas veces, hasta de universalidad en su contenido. Para cada situación existe una sentencia o un refrán que posee un vínculo directo con la vida, que es lo que lo fundamenta y lo ha mantenido vigente. Y es que el refrán es un género cuyo ingenio, aceptación y sentido, radican precisamente en la

espontaneidad lograda en el momento mismo de su pronunciación. Su chispa, gracia, efecto y belleza, aparecen durante el mismo acto de expresarlos y recibirlos, como respuesta a una situación específica que conduce al emisor a pronunciarlo y expresarlo en ese mismo acto de la enunciación. Por tanto, la estética del refrán radica en la oralidad, no en la fijación de una antología o refranero.

Este instante de participación simultánea entre el emisor y receptor, propiciado por la pronunciación del refrán durante el acto enunciativo, es lo que mágicamente da vida a cada una de las palabras recitadas, incitando a sus oyentes a una participación empática con él, provocada a partir de los parámetros lingüísticos y culturales expresados, a partir de los cuales, los receptores responden reforzando, complementando, contraponiendo o negando su sentido, trascendiendo así su univocidad. De aquí que el refrán, convergiendo con los géneros populares, posea tres características básicas dignas de comentar:

1. “Un arraigado carácter cultural propio y regional”.
2. “Una tradición oral” transmitida de boca en boca y, como tal, sujeta a cambios que han venido integrándose al habla cotidiana de todos los tiempos.
3. “Un anonimato”, puesto que pertenece a todo aquel, poseedor de la chispa y el ingenio, que sepa emplearlos y disfrutarlos en el momento preciso, según lo amerite la ocasión o circunstancia.

La tradición y el uso recurrente del refrán (que en el caso de México viene de trescientos y cuatrocientos años atrás) se inserta en el presente amalgamando tiempos, enlazando pasado con presente en el momento mismo de su evocación. Así, sin límites de tiempo ni de espacio, el refrán va pronunciándose recorriendo provincias, pueblos, barrios o ciudades. Se le escucha y recita en parques, bares, plazas o en congresos, declamados por jóvenes y abuelos.

Frente a otros géneros literarios de carácter tradicional, dentro del habla cotidiana, los dichos y refranes no sólo han sido los más socorridos, sino los más vigentes. Presencia que ha mantenido el vigor y la fuerza comunicadora de su contenido; no así la ronda infantil (cada vez menos cantada en los juegos y entretenimientos de los niños), las adivinanzas, o las leyendas, que han ido perdiendo presencia en los escenarios urbanos, alternativos y transculturados. No obstante esta compleja condición cultural actual, el refrán vive no sólo en el habla de los adultos, sino, sorprendentemente, en la de los jóvenes, que al pronunciarlos, combinándolos con otros giros propios de su argot, provocan un fenómeno lingüístico alternativo interesante, reflejo de su transculturación: “No te *claves maestro* el casado casa quiere, si no me cumples, ¡*que oso!*, no habrá matrimonio y dame *chance* de buscar por otro lado”.

Expresión en la que, pese a la mezcla de registros lingüísticos, el refrán (“El casado casa quiere”) no pierde su sentido original de antaño.

Inmersos en estos sistemas neoliberales en los que vivimos, propiciadores de desequilibrios económicos, ¿cuántas veces no se ha escuchado pronunciar refranes como: “Dime cuánto tienes y te diré quién eres”, o “Dios aprieta pero no ahorca”, o “El que no arriesga no gana”?

Pasando ahora a otra de las características de los refranes señaladas anteriormente: su “carácter popular y regional”, pongamos atención a los siguientes refranes: “A boca de charro, sólo la china y el charro”<sup>1</sup>. “De tal jarro, tal repalcate”<sup>2</sup>. “Al nopal lo van a ver, sólo cuando tiene tunas”; ejemplos cuyo sentido queda limitado, comprensible únicamente para los inmersos en el mundo cultural que enuncian, es decir, en la cultura popular mexicana. Esto nos lleva a hablar de “cultura popular”, a la que convencionalmente se ha venido concibiendo como opuesta a la cultura culta o de prestigio.

Si la cultura de élite es uniforme y muy semejante en todos los países del mundo debido a que se fundamenta en cánones obligados, la popular produce fenómenos sorprendentes, novedosos; es la cultura que no sólo transgrede y nos pone en estado de alerta, sino que es la que nos muestra nuestros propios espacios, descubriéndonoslos, mostrándonoslos a veces para dolernos o reírnos mágicamente de nosotros mismos.

El regionalismo popular de los refranes anteriores limitan su expresividad en esta sala por ser símbolo del carácter e identidad propios de una cultura. Jean Franco, célebre crítica inglesa, en una conferencia pronunciada en México en torno a la cultura latinoamericana, sabiamente inició su plática señalando lo difícil que resulta hablar y abordar el tema sobre otras culturas, dijo: “hablar de otras culturas”, dijo Jean, “es hablar de lo ajeno, de lo que no nos pertenece”.

Este arraigo a lo propio y regional que guarda consigo el término popular, pero también este peligro de lo ajeno cuando incursionamos por una cultura distante y distinta, es lo que (como advertí al principio de mi plática) me provocó dudas sobre cómo abordar en un evento internacional el término “popular”: ¿quién es el pueblo?, ¿de qué pueblo vamos a tratar cuando las idiosincrasias nos limitan a quedarnos cada quien con sus refranes? Como diría el refrán: “Zapatero a tus zapatos”, porque “Cada perro tiene su hueso, aunque se levante tarde”. O ¿no?

Pero a pesar de este carácter propio identificado con la cultura mexicana, que en muchas ocasiones cierra y limita el sentido del refrán, éste encierra una consabida universalidad, legada, tal vez, por ese sentido pragmático del cual descende este dicho popular, es decir, que esa sabiduría inherente a la experiencia, expresada en muchos de ellos. Su nexos con el empirismo y con la vida es lo que hace que su sapiencia vivencial trascienda su regionalismo para alcanzar y convertirse en verdaderos dogmas universales; ya que, en todas partes del mundo “Acabándose el dinero, se termina la amistad”. Lo mismo que “Despacito que voy de prisa”, o “No por mucho madrugar, amanece más temprano”.

Mas si en los refranes reposa la sabiduría de la experiencia de cada pueblo, también yace su espíritu y su psicología. Qué mejor que los refranes para conocer cómo piensa y vive un pueblo, quien en su mayoría encuentra en ellos el canal idóneo para expresar su burla y su inconformidad, transgrediendo toda imagen poderosa que lo oprime, lo aparta o lo subyuga. Por ejemplo, ante el yugo de una infidelidad incierta, se escucha atinadamente decir a la víctima: “Deje usted que nazca el niño y él dirá quién es su padre”. Pero un hombre mexicano, para evitar el engaño, siempre le aconseja al hijo: “¿Las quieres enamoradas?, que se sientan despreciadas”.

<sup>1</sup> A boca de charro se usa para indicar el acto de dar una noticia, sin antes prevenir al interesado, sino así, de repente. Y se dice que dar una noticia así, sólo la china y el charro, tomando a estos dos tipos como representativos del pueblo mexicano bajo.

<sup>2</sup> Muy similar a otro refrán quizás mejor conocido como: *De tal palo, tal astilla*.

Lúdica y festivamente, según sea la situación, el refrán va subiendo de tono. Es entonces cuando un recitador, utilizando la ocasión o el momento apropiado, hace alarde de su ingenio engalanado por el albur: “Si como lo menea lo bate, ¡qué sabroso chocolate!”, obviamente se refiere al chocolate con leche; y este otro, a la agricultura: “Me parece bueno el zurco para echar una semilla”. Del siguiente refrán, interpreten ustedes su sentido ocasional: “Como me las den las tomo, y si son peras, me las como”. O uno más alusivo a la utilidad: “Los cuernos son como los dientes: primero suelen doler y después sirven para comer”. Esta chispa de buen humor y de ironía de los refranes, protege al pueblo y a todos sus escuchas de actitudes reverenciales y ceremoniosas, transmutándolas libremente a través de una destreza lúdica.

Por último, y ya para terminar, porque “Mucho abarca el que no aprieta”, un comentario más en torno al valor artístico y literario del refrán. En él, si bien abunda la brevedad, la síntesis y concisión de palabras, no así su sentido, impregnado de significación abundante, tras el que emerge toda una prédica e incluso hasta una tesis: “Donde no hay voluntad, no hay fuerza”. (¿Qué hubiese dicho Nietzsche de su contenido?).

Pero, además, la mayoría de ellos están configurados en torno a una serie de recursos retóricos en los que radica su magia, su ambivalencia trascendente y su riqueza de sentido, pero sobre todo su arte. Las comparaciones, las antítesis, el paralelismo, la elipsis (entre otras) son estrategias de las que se desprende el humor, las advertencias y los enjuiciamientos; impregnando de vida, juego y participación a todo aquél que está involucrado en él. Es así como lúdica y artísticamente el refrán va desplegando una serie de reglas y presupuestos sociales en los que se involucra todo un pueblo que cree en ellos, porque forman parte de esa misma historia nombrada líricamente en sus decires. Por lo que el refrán, a manera de metáfora, es una intersección entre el hombre, la historia, la vida y la palabra.